El balcón de la parra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Es Alonso Velarde un demócrata montañés, un hombre que mira francamente hacia el porvenir. Como republicano debió representar á Santander en estas Cortes, antes sacristanizadas que nacidas; como pensador, ni se asusta de ningún ideal progresivo ni de sus consecuencias; como compañero, resulta inmejorable por la clareza de su intelecto, por la lealtad de su corazón y por la cortesía de su trato.

Simpatizamos á las pocas horas de conocernos; nuestra simpatía hizo camino á la amistad. Con él distraigo aquellas horas en que, abandonando mi retiro, doy á mis faenas reposo y tregua á mis solitarios pensares.

—He dispuesto una expedición á Torrelavega y Comillas, y he contado con usted sin contárselo—me dijo hace pocos días Velarde.—¿Está pronto?

—¿Por qué no? Sabe usted que mi voluntad anda libre y que ella sólo me sujeta aquí—costesté.—A su gusto. ¿Cuándo es el viaje?

—Dentro de dos horas. En el primer tren.

Dicho y hecho; en el primer tren embaulamos nuestras personas.

La hora larga que hay entre San Vicente y Torrelavega fué para nosotros silenciosa. Comprendiendo, con su discreción habitual, que yo estaba más para el monólogo que para el diálogo, Velarde abrió un libro y se puso á leer. Yo fumaba, siguiendo las espirales que describía el humo en los espacios del vagón. Siguiéndolas, pararon mis ojos en mi maleta de viajero.

La miré con indiferencia absoluta, claro está, ¿cómo iba á mirarla? No merecía más el saquillo de piel guardador de una bolsa de aseo y unas cuantas prendas de ropa. Pero seguí mirándola, y de minuto en minuto la pícara maleta fué apoderándose de mí; y llegó un instante en que su gamuza pareció temblar y sus acerados pasadores correrse y su boca entreabrirse, no para mostrar prendas de vestir, para evocar memorias, para refrescar con las crónicas de sus ambulancias algunos pasajes de mi vida.

«¿Te acuerdas—me decía, balanceándose irónicamente á cada traqueteo del coche—te acuerdas de los viajes que hemos hecho juntos yo y tú?

«¡Qué alegre fué mi compra! El dinero retozaba en tus bolsillos, la risa en tus labios, el placer en tus nervios. ¡Con qué satisfación me exhibiste!... ¡Cuántos proyectos de venturosas excursiones se hicieron

ante mis argentinos cierres, y mi lustroso correaje y mi recién desflorado fondo!... Antes me llenaron de planes y esperanzas que atavíos. Luego...

»Mira. ¿No te parece que aún se empañan mis cerradores al suave contacto de la mano que por vez primera los jugara?... Todavía conservo entre los poros de mi piel dejos del perfume que aspiraste en hermoso tarro de carne. Queda el perfume, nada más que el perfume. El perfume es como el recuerdo, lo último que se va.

»Aquí, en mi interior, metiste una vez, casi á puñetazos, tal era tu impaciencia, lo preciso para una excursión breve donde te jugabas la dicha. ¡Cómo temblaban tus dedos al bajarme del coche! ¡Con qué vanidoso apresuramiento pusiste mano en el estuche para galanearte, tonto más que tonto!... Aquí, otra vez, cayeron mezcladas vestimentas de mujer y de hombre que, al cerrarme yo, se confundieron, se estrecharon, se estrujaron como si no hubiesen dejado de ceñir los cuerpos de sus dueños. No una vez, ciento, me hicieron ó me deshicieron manos trémulas, ó por el dolor de verte partir, ó por la ventura de mirarte llegar...

»Fíjate bien. En esta cartera has guardado retratos, epístolas. Escribiéronlas y dedicáronlos varones y hembras muy queridos por tí. ¡Qué de seguridades amistosas, qué de amorosos juramentos se garrapatearon en tales retratos y cartas! ¿Qué fué de amigos y

adoradas? Lo que de su amistad y su amor. Busca, busca en tu alma, y hallarás en ella lo que en la carterita: algunas rozaduras semejantes á heridas entreabiertas. No otra cosa hallarás. Miento. Dentro de la cartera llevas ahora unas fotografías. Son imágenes infantiles, retratos de niño, algo inocente y bello á un tiempo. Esas imágenes no harán en mi piel rozaduras. Para tu alma no son heridas, son bálsamo. Cógelas y bésalas...

»¿Por qué desvías tus ojos de mí? Sigue fijándolos en mi interior, á este lado, al de mi derecha. ¿Te has olvidado ya? Ahí enfardaste un montón de cuartillas. Sobre ellas se hizo realidad aquel drama que te aplaudieron.

»Soñaste escribirlo en deleitosa compañía, junto á un ser que se asomara por encima de tu hombro, para deletrear sus párrafos conforme fueran saliendo de tu pluma; junto á alguien que te alentase durante la faena con el mirar acariciador de sus ojos, con ese admirativo silencio que, cuando viene de la mujer amada, es fuente de inspiración para el artista. Soñaste hacerlo así, junto á un cuerpo y un alma tuyos, enteramente tuyos, todos recogimiento durante la labor, todos caricias durante el descanso.

»Caprichos y veleidades del azar—perdone el azar que celestinee con él—lo dispusieron de otro modo. Escribiste solo tu drama. ¿Quién sabe si aquel alejamiento ha preparado otros? ¡Vienen de tan lejos las olas que estrellan contra el rocaje una embarcación!...»

—¡Torrelavega! ¡Cinco minutos!—gritó una voz fuerte y monótona.

—Ya hemos llegado—dijo Alonso Velarde cerrando el libro que leía y poniéndose en pie.

Cogí las abrazaderas del maletín nerviosamente, ferozmente, como si cogiera por la garganta á un enemigo. ¡Qué hora de suplicio me dió! Sin pensar lo que hacía, apreté con la mano mi cuchillo de viaje. Sentía impulsos de apuñalar la finísima piel.

¿No es punto de risa este vibrar todo entero del ser á la sola contemplación de un objeto insignificante? Y, sin embargo, ¡qué lógicas, qué inevitables son tales vibraciones para quienes sienten de veras! Una piel ceñida sobre el cuello, un pañuelillo, unas iniciales... la cosa más ruin, más trivial, pueden revivir, reviven todo un mundo.

.....

¡Deja que te evoque, poético balcón del comedor de los Velardes, encortinado por una parra cuyos espesos pámpanos adornan como caireles de esmeralda los racimos á medio madurar!... Tú fuiste la más placentera, la más grata, la más artística impresión que recibí en el viaje. Vivo permaneces en mi recuerdo, con tus hierros curvos, con tu alta techumbre, con tus

maderas entreabiertas, ante las cuales se detenía el sol meridiano cernido por las verdes hojas del parral.

Recostado contra tus hierros, recibiendo los beneficios de tu sombra, aspirando el perfume agrio de tus racimos, he visto un cuadro más hermoso cien veces que el que exhibe Torrelavega en su catedral, atribuyéndolo á Alonso Cano.

¡Y cuidado si es bello el Cristo! Débase ó no al pincel de Cano, la imagen resulta maravilla por la anatomía cruel de su dibujo, por la bravura de su colorido, por la expresión de bondad y angustia que se transparenta en el rostro del agonizante. No es un Dios, un hombre es quien muere sobre aquellos maderos; por eso, porque es un hombre y no es un Dios, atrae y compadece más.

Pero así y todo, el cuadro atribuído á Alonso Cano representa la muerte, la negación del amor y la dicha humana en la tierra; y el cuadro, desde el balcón de la parra contemplado por mí, representa la vida, la afirmación de la ventura y el amor humano en el mundo.

Era un cuadro patriarcal. Los padres, en la cabecera de la mesa, calentaban la nieve de sus canas con la risa juvenil de sus bocas; á continuación de los padres, los hijos, los nueve hijos, sanos, fuertes, sencillos. Ellas, hermosas, con la espléndida hermosura

montañesa, personalizada en sus cuerpos altos y firmes, en sus cutis hechos con nieve y rosa, en sus cabelleras profusas, en sus pupilas verdes, que se matizaron con los tonos de la montaña y del Cántábrico. Ellos, robustos, afectuosos, francos de trato y de mirares; y todos, ellos y ellas, respirando, viviendo por obra de sus padres, un ambiente libre y sincero, falto de hueco para gazmoñerías y falsedades, para fanatismos y ridículas convenciones.

Junto á la mesa que yo contemplaba desde las cortinas del parral, no estaba la familia corriente en los pueblos y, por desgracia, en las capitales españolas: familia inútil para el progreso de la raza; allí se podía pensar franco, hablar claro, discurrir de todo y sobre todo, seguro de ser entendido por todos, sin que pensares y opiniones y discursos tuvieran otros límites que los impuestos por el respeto y la discreción.

Aquel grupo de hombres y mujeres representaba un porvenir, una esperanza de redención para esta patria nuestra cuando se desperdigaran y contituyesen nuevas familias; ellas y ellos estaban educados para esos nobles fines, para esa misión regeneradora.

No sería la hermosura de ellas atractivo único para los hombres que las escogiesen por compañeras. No serían ellas sólo hembras de sus hombres; serían

mujeres prontas á seguirles en todos los azares y en las luchas todas del vivir; como ellos serían algo superior á los conquistadores del mendrugo y del oro, á los que llevan el pensamiento en el bolsillo y el corazón en el estómago.

¡Qué á gusto respiraban mis pulmones espirituales en el risueño comedor! Perfumes de campo me traían los frutos y hojas de la parra; perfumes de belleza, las muchachas; alientos del futuro, los jóvenes; ráfagas de bondad, y resplandores de energía, la afable sonrisa, el mirar franco de los padres.

—¡Ay, pensaba yo—quién consiguiera en lo porvenir juntar en torno de su mesa una compañera así, unos hijos así, para llegar á la vejez satisfecho de ellos y de ella, para aguardar la muerte rodeado por ellos con la sonrisa en la boca y la paz en el alma!...

Fueron gratas horas las que disfruté próximo al balcón de la parra, refiriendo mis excursiones.

Por aquel comedor desfiló Torrelavega, pueblo alegre, limpio, del que harían gustosamente muchas provincias capital; pueblo de campiña seductora y de mujerío más seductor que la campiña; pasó la risueña playa de Suances, con sus hoteles y sus finas arenas y su mar bravío y sus peñascales airosos; pasó Barreda, con sus riberas virgilianas, entre cuyas sombras gocé con amigos nuevos y con un viejo amigo, allí por casualidad encontrado una espléndida tarde.

Pasaron todos estos parajes como nota de alegría y de placidez; y pasó también, como nota sombría y fúnebre, Comillas, el feudo de los López, la ciudad jesuítica y muerta, aplastada por un seminario y dominada por la estatua del primer marqués.

No sé por qué, entre las brumas tendidas sobre el mar, frente á cuyas olas se alza la imagen encarnadora del poderío y la riqueza de esos López, vi alzarse otra imagen, la de un gran poeta y un gran martir: Mosén Jacinto Verdaguer.

Todo fué pasando en relato por el comedor de la parra; de todo traigo alguna memoria. Pero la memoria más pura, la que más permanecerá en mi alma, es la última que recibieron mis ojos: el balcón de la parra, iluminado por la luna, poetizado por racimos y pámpanos y embellecido por las cuatro muchachas que asomaban entre las hojas como cuatro humanos capullos de amor.